

Vol 6, No. 12 / julio - diciembre de 2014 / ISSN: 2145-132X

HISTORELO

REVISTA DE HISTORIA REGIONAL Y LOCAL

Entrevista

"...Hay mucho fatalismo en Colombia, basado en lecturas superficiales de su historia."

Entrevista a Malcom Deas

Profesor Emerito

St Antony's Colleague,

Universidad de Oxford, Reino Unido

Realizada el 24 de abril de 2014

Hernán David Jiménez Patiño

Universidad Nacional de Colombia

Recepción: 5 de mayo de 2014

Aprobación: 6 de mayo de 2014

Páginas 445 - 455



Entrevista a Malcolm Deas, Profesor Emérito del St Antony's College, Universidad de Oxford, Reino Unido

Hernán David Jiménez Patiño*

Malcom Deas es uno de los historiadores colombianistas de mayor prestigio en el ámbito nacional. Es Profesor Emérito del St Antony's College de la Universidad de Oxford en Reino Unido y uno de los más reconocidos por sus aportes a la historia política colombiana. Realizó estudios en historia moderna en la Universidad de Oxford, donde fue uno de los fundadores del Centro de Estudios Latinoamericana-

* Politólogo y Candidato a Magister en Estudios Políticos de la Universidad Nacional de Colombia e integrante del Grupo de Investigación Historia, Trabajo, Sociedad y Cultura de la misma universidad. Es Asistente Editorial de la revista digital HiSTOReLo. Correo electrónico: hdjimenezp@unal.edu.co

nos del St Antony's College y en varias ocasiones su director. El primer viaje a Colombia lo realizó en 1963, desde entonces ha visitado el país de modo frecuente, siempre observando sus cambios y coyunturas. Entre sus obras destacadas se encuentran *Santander y los ingleses 1832-1840* (Bogotá: Fundación Francisco de Paula Santander, 1991); *Del poder y la gramática: y otros ensayos sobre historia, política y literatura colombianas* (Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1993); *Dos ensayos especulativos sobre la violencia en Colombia* (Bogotá: Fonade, 1995) con Fernando Gaitán Maza, entre su vasta producción.

Es válido resaltar que el profesor Deas, entre 1990 y 1994, fue asesor para el diseño de políticas de reducción de la violencia durante la presidencia de Cesar Gaviria Trujillo. Años después, en 2008, recibió de manos de Álvaro Uribe Vélez, también Presidente de la República, la nacionalidad colombiana, otorgada por su destacada contribución académica para la comprensión de la realidad nacional. Dado que para entender la historia política e institucional, hay que leer varios de sus textos, queremos inicialmente preguntarle sobre su motivación inicial:

¿Por qué le despertó interés venir a Colombia a investigar temas como la violencia y la tradición electoral y cómo fue eso de “llegar a ser” colombiano?

Mis motivos iniciales fueron el deseo de viajar y un interés vago, literario-romántico, en la América Latina. Había leído a *Nostromo*, de Joseph Conrad, y una novela olvidada pero bonita de John Masefield, *ODTAA*. Al principio pensé ir a México, pero allá iban muchos turistas estadounidenses. Quise ir a una república sin tantos anglosajones. Con la toma de poder de Fidel Castro la academia inglesa se dio cuenta que no sabía absolutamente nada de la América Latina moderna, y fue posible conseguir fondos. Llegué al país muy ignorante, con el propósito vago de estudiar su siglo XIX. Me llamó la atención el desprecio hacia su supuesta anarquía sin razón. Quise entender sus causas y su racionalidad, el orden dentro del desorden, como describirlo con precisión y llegar a sus causas. No creo en anarquías sin

razón, ni simpatizo con ese desprecio fácil hacia el pasado nacional que es bastante frecuente encontrar entre los colombianos. También, por supuesto leía sobre la violencia, y sigo leyendo, y sobre la historia electoral, en Colombia particularmente rica, e importante en un país que ha aspirado siempre a ser una democracia. Mi curiosidad se ha mantenido por cincuenta años, llegué primera vez a Colombia en 1963 y no da señales de flaquear.

¿Cuál es la importancia de los colombianistas en la investigación histórica latinoamericana y cuál podría ser un tema central en discusión en un Congreso de colombianistas?

Hace medio siglo fueron muy pocos los colombianos profesionales en las ciencias sociales. En historia, por ejemplo, hubo no más de media docena con un entrenamiento profesional, aunque hubo una valiosa tradición amateur José Manuel Restrepo, Groot, Posada Gutiérrez, Gómez Barrientos Cordovez Moure, entre otros. Muy contados colombianos habían estudiado historia en universidades en el exterior, y en las universidades nacionales el estado de la disciplina era muy precaria. La sociología, las ciencias políticas apenas estaban naciendo. En ese contexto los no muy numerosos académicos extranjeros que se interesaban en Colombia, para no mencionar sino unos muertos, personas como David Bushnell, James Parsons, Lauchlin Currie y T. Lynn Smith pudieron abrir nuevos campos de estudio e introducir grandes avances en las técnicas de investigación. También en algunos casos facilitaron a estudiantes colombianos la entrada para estudios de postgrado en las universidades en sus propios países: los Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Alemania. Por fortuna, las influencias han sido variadas, ha habido como resultado un eclecticismo saludable.

Aunque por lo menos en los Estados Unidos parece que la situación está cambiando, vale la pena notar que todavía son muy pocos los que estudian a Colombia en comparación con los expertos en ciertos otros países, por ejemplo a México. Recuerdo a un Senador, miembro del *Committee on Foreign Relations*, que me dijo que fue fácil encontrar centenares de conocedores de asuntos mexicanos, pero

en su experiencia era difícil encontrar media docena de expertos en Colombia. En Europa siguen siendo muy contados.

No me atrevo a sugerir un “tema central” en un Congreso de colombianistas. No creo que entre ellos habría un acuerdo sobre eso.

¿Cómo observa la evolución de la disciplina histórica en Colombia y su relación con el contexto colombiano y latinoamericano?

En Colombia ha habido un cambio total en los últimos cinco décadas. Primero, en el número de historiadores. Se han multiplicado las facultades, y se ha democratizado la profesión. Las viejas academias siguen funcionando, y cumplen su papel, hay demanda por lo que ellas ofrecen, y se han mostrado abiertas a los nuevos contingentes. Pero su dominio ya ha pasado.

El estudio de la historia nacional ha pasado en estos años por varias etapas: la etapa marxista de los sesentas y setentas, olas de influencias francesas, o de historia económica cuantitativa, cliometría estadounidense, microhistoria italiana, modas de identidades, memoria, postmodernismo, postcolonialismo, estudios subalternos, entre otros.

Entre todo esto hay muchas obras muy buenas, demasiadas obras buenas para señalarlas acá.

Pero me parece que entre toda esta gama de estímulos cosmopolitas ciertas cosas siguen faltando. Uno es el contexto latinoamericano. Persiste una gran indiferencia a las historias de los otros países de la región. ¿Cuántos historiadores colombianos conocen bien la historia reciente o más remota de los vecinos? ¿Alguien ha dado un curso sobre historia venezolana del siglo XX? Las bibliotecas todavía son esenciales para los historiadores, no todo, ni lejos, se encuentra en el internet. ¿Tienen las bibliotecas colecciones adecuadas sobre Venezuela, Ecuador, Perú, Chile, Argentina, Brasil? No lo creo, y la historiografía nacional sigue siendo excesivamente ensimismada.

Otra observación me ocurre. En Europa las nuevas modas de escribir historia entran a figurar con un gran trasfondo de historia “*old fashioned*”, de viejo estilo, esa historia narrativa, de gobiernos, de etapas políticas, de eventos claves, de los grandes rasgos de la historia económica y social. En Colombia han entrado sin que este trasfondo existía, y a veces me parece que así se ha faltado un sentido de prioridades, y los historiadores entusiasmados con estas novedades no han ofrecido al público lo que quiere, que es una ayuda en ubicarse dentro de la evolución de su sociedad y de su *polity*, su transformación política. Tal vez ayuda a clarificar esto una anécdota. Estuve en un congreso de historia para un extenso público argentino en 1984, poco después de la guerra de las Falklands/Malvinas y el fin de los desastres y horrores del gobierno militar. Una señora, historiadora formada en Francia, pidió luces sobre porque había pasado todo eso, y lamento que “mi querida escuela de los Annales”, palabras de ella, no le ayudaba nada en entenderlo. Le faltaba, me pareció, una historia más “*old-fashioned*”, política, narrativa, mas *eventualmente*, ente para empezar, por lo menos. La famosa *longue duree* no le servía.

¿Cuál podría ser el papel social y político del historiador en el contexto colombiano?

Pueden ser varios sus papeles:

Conocer, entender mejor el pasado enriquece la vida. El pasado abarca toda la vida, y es imposible poner límites a la curiosidad que la gente tiene sobre su pasado. Los historiadores en parte satisfacen, mal o bien, esa curiosidad. Existe una demanda popular por el conocimiento histórico. (Curioso que la Constitución de 1991 no menciona el derecho al pasado, entre tantos otros derechos.)

Muchos de los argumentos políticos son, cuando uno los analiza con cuidado, argumentos históricos. El historiador puede hacer a la gente consciente de eso, y aún más a clarificar los argumentos. Argumentos falaces producen mala política, y malas políticas.

Hay mucho fatalismo en Colombia, basado en lecturas superficiales de su historia. Espero que la historia sobria disminuya el fatalismo. Este no implica por nada pedir una historia color de rosa.

¿Cuáles son sus recomendaciones para los jóvenes historiadores que desean realizar sus tesis de maestría y doctorado en historia de Colombia, y particularmente historia política colombiana?

Recomendaciones generales:

Los historiadores, como toda la gente, varían en sus gustos, intereses, talentos. Creo que uno debe ser sincero con uno mismo sobre lo que interesa a uno. (Los historiadores no son siempre honrados en esto, en público racionalizan sus escogencias de tema, no confiesan sus motivos más profundos). Hay que escoger un tema que verdaderamente lo agarre a uno.

Uno tiene que empezar su estudio con cierta pasividad, dejándose abierto a lo que las fuentes van sugiriendo. Si uno sabe de antemano las conclusiones del estudio, ¿para qué emprenderlo? Por eso uno debe estar dispuesto a cambiar las hipótesis iniciales, según la evidencia.

Para las tesis de maestría, el arte es escoger un tema que combina cierta importancia con la ventaja de ser manejable en un estudio corto, siguiendo el sabio dicho “el que mucho abarca poco aprieta.” Una buena tesis de maestría así puede ser igual en profundidad e importancia a un doctorado.

Sobre historia política colombiana: la historia política del último siglo ha sido muy poco trabajada. Sobre la mayoría de las administraciones nacionales faltan estudios de nivel profesional, y sobre la historia política de las regiones y las ciudades las obras serias son aún más escasas. Igualmente mal estudiados son las instituciones. Por ejemplo, sobre las Fuerzas Armadas existen dos o tres textos pioneros, pero todavía hay mucho que hacer. Sobre los ministerios, no hay casi nada. Sobre las políticas —mirando el contexto actual—, me llama la atención como se discute el problema agrario y las políticas agrarias posibles en un estado de amnesia com-

pleta, casi nadie recuerda la historia de las políticas agrarias, sus éxitos y fracasos, desde 1960, y el resultado es un debate muy mediocre, y unas conclusiones preliminares muy inciertas y cuestionables.

Para todos estos temas las fuentes son abundantes. Es sorprendente el poco uso que se ha hecho de la prensa.

Me parece que los académicos colombianos en su mayoría han sido muy reacios frente al reto de estudiar el tan criticado Estado. Y tantos abogados, y ninguna historia de la justicia.

¿Cómo ve a Colombia en los próximos años en un contexto de proceso de paz y de transformación del conflicto armado interno?

Voy a combinar mi respuesta a esta pregunta, tan grande, con mi respuesta, ¿qué es más pertinente para historiadores?

¿La historia regional y local podría dar herramientas analíticas para comprender los procesos sociales y políticos en Colombia para la construcción de la memoria histórica nacional?

Sin ninguna duda. Uno de los problemas del país es lo poco que se entienden al nivel del gobierno nacional los problemas y las dinámicas regionales. Las redes de comunicación oficiales no mantienen bien informadas a las autoridades nacionales, son deficientes aún en los mejores casos, como en el Ministerio de Defensa. No existe una prensa nacional: *El Tiempo* y *El Espectador* y *El Nuevo Siglo* son periódicos todavía esencialmente bogotanos. Cada vez que yo he viajado a una provincia, he tenido que revisar drásticamente mis ideas sobre lo que pasaba allá.

La historia regional y local puede aportar mucho. El reto para los gobiernos nacionales en el futuro próximo es de gobernar todo el país, y no solo las partes privilegiadas o más alcanzables que han gobernado hasta ahora. Si van a asumir

esa tarea con éxito, tienen que informarse mucho mejor sobre las dinámicas regionales. Y las regiones tienen que entender mejor sus propias dinámicas y posibilidades. No me parece que esto es posible sin la contribución del estudio histórico. No creo tanto en “la construcción de la memoria nacional”. Suena demasiado monumental, y hay siempre muchas memorias en una nación.

¿En qué se diferencia la historia política de Colombia de los países andinos y latinoamericanos? ¿Cuál ha sido su percepción durante sus visitas y estancias de investigación en cada país?

He pasado ratos en los vecinos Venezuela y Ecuador, y en Chile y Argentina. Conozco un poco Perú y Bolivia, y México.

Doscientos años de vida independiente han producido sistemas políticos muy distintos. Los herederos del Imperio Español tienen en común la lengua dominante, con distinta intensidad la presencia de la Iglesia Católica, entre otros. Pero sus experiencias republicanas han sido divergentes. Los senderos distintos de Colombia y Venezuela ofrecen un ejemplo: Venezuela ha tenido gobiernos autoritarios, desde el relativamente manso Páez, pasando por los caóticos y corruptos Monagas, por Guzmán Blanco y Crespo, hasta el frenético Cipriano Castro, el muy duro, duradero y serio Juan Vicente Gómez, a Pérez Jiménez. Algunos tuvieron fuertes rasgos populistas, Chávez tuvo sus antecesores entre ellos. Las diferencias con Colombia son marcadas, desde el General Santander en adelante.

El tema es complejo, pero dos rasgos saltan a la vista en la historia política colombiana; uno es el grado de participación, la permeabilidad del pueblo colombiano a la política: no hay barreras de clase o de raza. La segunda es una combinación de geografía difícil y pobreza de recursos que hace imposible un gobierno fuerte. Colombia no fue un ganador en la “lotería de comodidades”, la distribución de recursos naturales que en el siglo después de la independencia tuvo tanto que ver con cuáles repúblicas iban a enriquecerse en la nueva economía mundial, y cuáles no.

Pasando de un país a otro, soy consciente de la necesidad de hacer ciertos cambios de engranaje mental para ajustarme al nuevo medio, pero en todos he visto la misma expansión en los estudios de historia. América Latina es un campo ideal para la historia comparativa, lástima que se hace tan poco.

